

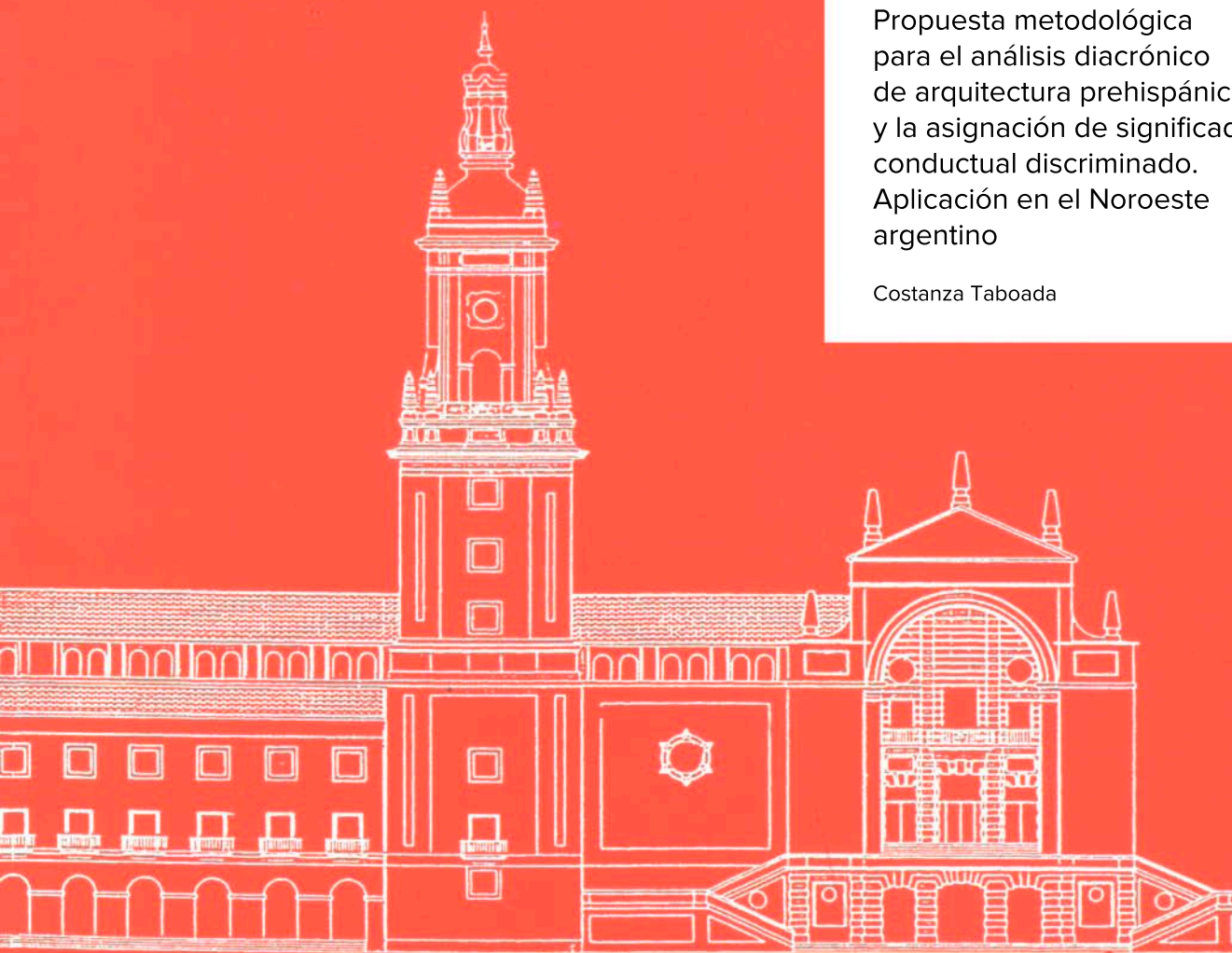
ANNALES 13

MUSEO DE  AMÉRICA 2005

Artículo

Propuesta metodológica
para el análisis diacrónico
de arquitectura prehispánica
y la asignación de significado
conductual discriminado.
Aplicación en el Noroeste
argentino

Costanza Taboada



PROPUESTA METODOLÓGICA PARA EL ANÁLISIS DIACRÓNICO DE ARQUITECTURA PREHISPÁNICA Y LA ASIGNACIÓN DE SIGNIFICADO CONDUCTUAL DISCRIMINADO. APLICACIÓN EN EL NOROESTE ARGENTINO

CONSTANZA TABOADA

CONICET. ARGENTINA

CONICET. ARGENTINA

RESUMEN: EL OBJETIVO DE ESTE TRABAJO ES PROPONER UNA METODOLOGÍA DE ANÁLISIS TENDIENTE A IDENTIFICAR, CARACTERIZAR Y DIACRONIZAR (PARA ASÍ PODER DAR OTRAS SIGNIFICACIONES, FUNCIONALES, SOCIALES, IDEOLÓGICAS, ETC.) EVIDENCIAS Y RASGOS ARQUITECTÓNICOS PREHISPÁNICOS QUE APARECEN SUPERPUESTOS EN LA OBSERVACIÓN DEL REGISTRO ARQUEOLÓGICO. CON ESTE FIN PRESENTAMOS LAS CONSIDERACIONES TEÓRICAS Y METODOLÓGICAS QUE LA SUSTENTAN, Y EJEMPLIFICAMOS SU APLICACIÓN DETALLANDO LOS PASOS A SEGUIR EN EL ANÁLISIS DE UN CASO PARTICULAR DEL NOROESTE ARGENTINO. BAJO LA CONSIDERACIÓN DE LOS RESULTADOS OBTENIDOS DISCUTIMOS LAS POSIBILIDADES QUE OFRECE ESTA METODOLOGÍA PARA AVANZAR EN LA INDAGACIÓN DE DIFERENTES ASPECTOS SOCIOCULTURALES.

PALABRAS CLAVE: Arquitectura prehispánica, etapas constructivas, proceso productivo, estratigrafía de muros, Argentina.

ABSTRACT: The aim of this study is to present an analytical methodology to identify, characterize and order in a chronological sequence prehispanic architectonic evidences that appear archaeologically one over the other, in order to suggest functional, social and ideological meanings. We

put forward the theoretical and methodological reasons and give an example of how to analyze a particular case in the Argentine northwest. We also discuss the possibilities of this methodology to make progress in the study of the different sociocultural aspects.

KEY WORDS: Prehispanic architecture, building stages, productive process, architectural stratigraphy, Argentina.

PERSPECTIVA TEÓRICA. HISTORIA DE VIDA Y PROCESOS DE CAMBIO MATERIAL EN LAS CONSTRUCCIONES

Entendemos que la arquitectura, como un elemento material más del inventario cultural, pasa por diferentes fases dentro del proceso productivo, y muchas de las evidencias de este proceso quedan plasmadas y superpuestas en la estructura arquitectónica. Paralelamente, como práctica social y colectiva, y a diferencia quizás de otros artefactos arqueológicos con menor vida útil, capacidad o necesidad material de adaptación a requerimientos biológicos, sociales o simbólicos, involucra un proceso de construcción y evolución morfológica constante (fundamentalmente cuando se trata de una arquitectura habitacional). Ambos elementos se suman para otorgar a la arquitectura un alto potencial como referente material de aspectos sociales, político o ideológicos no accesibles directamente al arqueólogo.

Las construcciones, sus partes y sus constituyentes son elementos cambiantes. Aun cuando pueden parecer rasgos permanentes, las estructuras arquitectónicas pasan durante su existencia por procesos de cambio material. Desde diferentes perspectivas se ha hecho hincapié en la necesidad de entender la práctica tecnológica de la arquitectura como un proceso dinámico, a través del cual las materias primas son transformadas en artefactos u objetos culturales hasta la potencial remodelación y/o desecho del producto arquitectónico (Stevanovic, 1997). En tanto producto a la vez tecnológico y social, el estudio de este proceso puede resultar altamente provechoso para acceder a elecciones, usos y transformaciones operadas en torno a la arquitectura, pero referentes de prácticas socioculturales más amplias. Dos características en particular, su prolongada vida útil y perduración material en el tiempo, por un lado, y su necesidad y capacidad de adaptarse a los diferentes requerimientos de sus usuarios, por el otro, confieren a la arquitectura un alto potencial y una eficiencia como indicador de los procesos sociales y las elecciones operados durante la construcción, el uso y las remodelaciones que puede registrar la arqueología. Las construcciones habitacionales son, además, productos de manufactura y uso colectivo (no individual, como la mayoría de los artefactos culturales que analiza el arqueólogo), y ello conlleva una complejidad mayor en la historia de vida por la que transcurren ya que deben responder a los diversos requerimientos de un grupo que la comparte en el uso diario. Por último cabe mencionar que, aunque en principio la arquitectura habitacional estaría respondiendo a una necesidad material concreta de resguardo, conlleva también la posibilidad de dar respuesta a otro tipo de necesidades menos tangibles como son principalmente la contención anímica, la exhibición de estatus económico, político o social, y la simbolización y transmisión de mensajes ideológicos (Blanton, 1994; Bourdieu, 1980; Hodder, 1984; Rapoport, 1990; Smith, 1987, etc.). Todos estos factores influirán de diversas maneras en las elecciones operadas en torno a la construcción, y en la morfología y la estructura adquiridas con el tiempo, más aún si excedió el lapso de uso de una generación.

Ahora bien, como un elemento material más del inventario de un sistema cultural, las construcciones son factibles de ser analizadas en su historia de vida (*sensu* Schiffer, 1972). En tanto conjuntos compuestos por varios elementos materiales, y a la vez altamente dinámicas en cuanto a la potencialidad de modificaciones físicas y funcionales que pueden sufrir sus partes, pueden ser estudiadas tanto en su integridad, como en los segmentos y constituyentes que las componen. Los procesos básicos en la historia de vida de un elemento, rasgo o estructura arquitectónica, y de su espacio de inserción, podrían generalizarse, entonces, en las siguientes fases no necesariamente obligadas ni lineales:

Fase de diseño

Podríamos anteponer y hablar de una primera fase elemental de diseño, en el sentido de una pre-configuración básica de la obra antes de su ejecución en el terreno. Esta idea previa de lo que se va a construir implica considerar también los requerimientos y las ofertas del espacio que sostendrá la construcción. Al igual que en la actualidad, podremos disponer de antemano de un determinado terreno, al cual deberá entonces adaptarse la construcción (por ejemplo, ante la incorporación de una nueva construcción dentro de un conglomerado), o podremos en otros casos contar con la posibilidad de elección del mismo (por ejemplo, al construir en un poblado disperso) según los requerimientos funcionales, sociales, etc. Esta fase implicaría la delineación, aunque sea mental, de la forma y el tamaño de la construcción en relación al lugar a utilizar, del acondicionamiento necesario en el terreno (por ejemplo, nivelación), de la tecnología, el tiempo y la mano de obra requeridos y disponibles, de los materiales necesarios, de su disponibilidad y opciones alternativas, de las características generales de la construcción, etc.

Fase de obtención

Una vez delineadas las características básicas de la construcción a realizar, la fase siguiente dentro del proceso tecnológico es la procuración de los elementos necesarios para su manufactura, en este caso la obtención de las materias primas (y/o materiales en el caso de reutilización) para la construcción, y la procuración del espacio físico donde se asentará. Como dijimos anteriormente, el proceso puede no ser lineal, y el diseño en realidad puede resultar ser paralelo o posterior a la obtención y estar en función del terreno y de los elementos disponibles.

Independientemente de los medios que posibiliten la obtención, posesión o usufructo de un espacio de tierra donde asentar una manifestación arquitectónica (puede estar regulada por mecanismos sociales, simbólicos, económicos, etc.), este constituye la primera materialización dentro de la secuencia lógica de su construcción ya que procura el soporte físico de la misma. El espacio obtenido puede ser una tierra originalmente libre

de asentamientos, o la reutilización de suelos anteriormente ocupados. La tierra obtenida puede proceder del sistema receptor, es decir de la misma comunidad o locación original de quienes intervienen en la historia de vida de la construcción, o localizarse fuera de él, caso en el que será el elemento humano el que tendrá que movilizarse hacia un nuevo destino. Esto podría equivaler al proceso de transporte que suele mediar en algunos desarrollos tecnológicos, en cuanto a movilización que afecta a parte del sistema.

Las materias primas constituyen el elemento original que sirve para materializar la obra. Abarca los materiales originarios antes de la intervención de procesos de transformación, manufactura o incluso utilización efectiva dentro del sistema. Constituyen potenciales materiales constructivos. Como veremos al referirnos a la fase de reutilización, la obtención de materiales ya constituidos (o manufacturados), o incluso de materias primas procedentes de anteriores construcciones (circunstancia que las torna, por eso mismo, materiales a pesar de que pudieran no estar modificadas) para su nueva utilización, es otra de las posibilidades ciertas registradas en arqueología. Estos materiales son producto de dos tipos principales de conducta en cuanto a la obtención: preservación, que implica acciones tales como el desmantelado y traslado programado de partes de la construcción que se deja de habitar; y recuperación, que se refiere a la búsqueda y apropiación de materiales de estructuras ya abandonadas o temporalmente deshabitadas.

La obtención de las materias primas puede darse en el mismo lugar de asentamiento cuando se aprovecha el material circundante, o producirse a menor o mayor distancia implicando su transporte. Tanto los materiales utilizados, como las técnicas desarrolladas y las estrategias y soluciones constructivas, estructurales y organizativas suelen responder a los medios materiales al alcance. Esto parece ser una consecuencia lógica de una relación costo/gasto de energía en el particular caso de la arquitectura, donde el peso y el volumen del material necesario para la construcción puede llegar a privilegiar por sí solo soluciones locales, apelando al transporte de larga distancia quizás cuando no se ha desarrollado una solución tecnológica alternativa que lo reemplace. Obviamente cada caso deberá ser analizado en particular al respecto, ya que la eficiencia material adquiere en muchos casos menor valor en relación a otras variables culturales.

Fase de manufactura

Para nuestro caso comprende toda acción de modificación física introducida por el hombre a los elementos obtenidos y al propio espacio que sustenta la construcción. El acondicionamiento del espacio físico donde se implantará la construcción comprenderá toda modificación del ambiente inmediato y no inmediato (se extenderá y abarcará el emplazamiento mínimo necesario de acondicionar para la instalación humana y edilicia) necesaria para posibilitar no solo la construcción prevista sino también su uso eficiente. Sin ser excluyentes, y de acuerdo a las características de la topografía, la vegetación, el clima, los anteriores usos, etc., la preparación del espacio podrá incluir acciones de limpieza, de despiedre, de nivelación, de relleno, de contención, de demolición, de encauzamiento de desagües, etc. Así, por ejemplo, una primera fase común en varios

asentamientos prehispánicos es el aterrazamiento artificial de toda una pendiente (y no solo del área inmediata de inserción de una estructura individual).

Muchas de las materias primas utilizadas en las estructuras prehispánicas han sido modificadas en mayor o menor grado para su utilización como materiales constructivos. Estas modificaciones, en gran parte de los casos, equivalen a acciones de dar forma y moldeo, ya sea por técnicas extractivas (como desbaste de la piedra o dar forma a maderos) o aditivas (como constitución de mezclas para adobes, tapiales, tortas de techo, morteros o revoques). Por cierto que las materias primas también pueden ser utilizadas en su forma natural. El proceso mismo de manufactura y preparación de los materiales implica la consideración de un tiempo de preparación, y en algunos casos también de estacionamiento (por ejemplo, secado de adobes o madera). Al analizar la fase de manufactura hay que considerar también la tecnología puesta en juego, así como los desarrollos particulares y apropiados para cada situación. Básicamente son tres los tipos de materias primas constituyentes de los materiales constructivos prehispánicos: tierra, piedra y elementos de origen vegetal. Cada una generó a su alrededor técnicas especiales para manejarlas y aprovecharlas. El desarrollo y la utilización efectiva y eficiente de esta tecnología, y la variabilidad impuesta por estos mismos factores, posibilita, y limita a la vez, la conformación final de la obra.

Una vez acondicionado el lugar de instalación, preparados los materiales, y decididas las técnicas a utilizar, se puede proceder a levantar lo que se suele llamar la «caja de muros», o sea los paramentos que cortan el espacio encerrando una parte de él. Este se constituye así en el interior, dejando un exterior materialmente bien separado del primero y definido en sus límites más virtualmente, aunque no por ello menos eficazmente. Cabe señalar, por último, que el arreglo de los rasgos inmuebles forma parte del proceso constructivo. Sin embargo, debemos diferenciar analíticamente aquellos rasgos que configuran parte de la estructura de la construcción como pueden ser bases de columnas, o escalones, de aquellos asociados pero que desempeñan funciones independientes, como podrían ser fogones, deflectores o poyos para dormir.

Fase de uso

Una vez concluida la construcción, o concluida parte de ella como para hacerla habitable, esta puede entrar en uso. Cuando hablamos de uso nos referimos al uso de la estructura en su totalidad; de las partes y segmentos funcionalmente diferenciables dentro de ella; y de los rasgos internos y externos vinculados. De hecho, la arquitectura contiene y organiza el desarrollo de las actividades. La contención se da mediante los elementos que generan y limitan espacios (delimitaciones verticales y horizontales). La organización se da, más bien, por la forma, el tamaño y la disposición que adquieren estos elementos en la construcción y en el espacio. Diferentes combinaciones de estas variables resultarán en construcciones ambiental y funcionalmente diferentes, con posibilidades y restricciones para el desarrollo de actividades en función de las características de *performance* que pudieran ofrecer (Taboada y Angiorama, 2003; Taboada, 2003).

Fase de mantenimiento/repación

A medida que la construcción va siendo usada entra en un ciclo de desgaste y deterioro motivado por el paso natural del tiempo o por ocasionales accidentes, y por lo cual deberá ir siendo mantenida y/o reparada. El mantenimiento podrá involucrar tareas de reparación y limpieza de techos, muros, pisos, revoques, accesos, de la propia estructura en conjunto, de los rasgos (fogones, receptáculos, etc.), y/o de las áreas de uso (de circulación, de acceso, de permanencia). Estas tareas podrán introducir modificaciones, pero las diferenciamos de la remodelación porque el objetivo apunta a la conservación y reparación de la estructura original, y el resultado es concordante con ello. Sin embargo, en ocasiones, el estado avanzado de deterioro de la construcción, u otras circunstancias particulares, puede requerir y motivar modificaciones estructurales, morfológicas o dimensionales de importancia que implicarán cambios funcionales. Atendiendo a dichas implicancias conductuales, consideraremos estas intervenciones como acciones de remodelación (véase el apartado siguiente) más que de reparación. Atendiendo a los mismos principios, una reconstrucción que respete las pautas morfológicas, estructurales y funcionales del diseño original deberá ser considerada dentro de la fase de reparación aún cuando involucre importantes movimientos constructivos para su refacción.

Fase de reutilización/remodelación/refuncionalización

Fundamentalmente dos tipos de circunstancias parecen motivar la remodelación de una construcción: sociales y materiales. En el primer caso, las modificaciones en las necesidades (biológicas, funcionales, sociales o simbólicas) de los usuarios podrán determinar la adaptación de la construcción a estos nuevos requerimientos, adaptación que puede ser tanto una acción constructiva puntual, como todo un proceso paralelo a la evolución biológica y social del grupo corresidente. El segundo caso, tal vez de solución más urgente y coyuntural, es al que nos referimos anteriormente, cuando ocasionalmente una afección material importante en la construcción puede motivar su remodelación por cuestiones tecnológicas o disponibilidad de recursos que no permiten, o hacen menos eficiente, su reparación que su remodelación.

En cualquier caso, las acciones de remodelación de construcciones anteriores, a diferencia de las que se levantan desde cero, solo introducen modificaciones en parte de ellas ya que reutilizan o aprovechan parte o gran parte de la anterior construcción. Comprendería acciones parciales de demolición y/o de construcción, y que resultan en modificaciones materiales pero también de uso, lo que las diferencia de las acciones de mantenimiento y reparación. Pueden incluir desde cerramiento o abertura de nuevos vanos que implicará cambios en la circulación y dirección de acceso y ventilación, arreglo en el alcance del techado que influirá en el uso, hasta cambios en la subdivisión interna y por ende reorganización del espacio por nuevo tabicado interno del mismo. Estas variables son elementos de gran potencial para acceder a identificar la organización funcional de la construcción a lo largo del tiempo y los procesos de cambio, adaptación y evolución del grupo social que utiliza la construcción.

Podríamos diferenciar estas acciones, más vinculadas a lo que Schiffer llama reciclaje (en tanto median procesos de manufactura), de potenciales reutilizaciones de construcciones para nuevos destinos o usos sin mediación de modificaciones por nueva manufactura (sino tan solo por el nuevo uso y mantenimiento) y más relacionadas con los procesos conocidos como de ciclaje lateral. Quizás los ejemplos más acordes a esta última situación serían las potenciales reocupaciones de construcciones abandonadas por nuevos habitantes y las refuncionalizaciones simbólicas otorgadas a monumentos y construcciones.

Respecto a la reutilización de materias primas y materiales, para su nueva utilización, suele mediar al menos una fase de transporte, aunque solo fuera la movilización dentro del mismo asentamiento (salvo una reconstrucción o remodelación en el mismo solar). En el caso de materiales reutilizados se hace evidente la posible necesidad de adaptación, reformatización¹ o reparación para su incorporación al nuevo destino, siendo equivalente al proceso de reciclaje, o al de ciclaje lateral si, en cambio, no interviene una nueva manufactura de los mismos.

Fase de descarte/abandono

Una construcción también puede entrar en la categoría de desecho: puede ser abandonada, desmantelada o inutilizada accidentalmente. También pueden serlo sus partes: se puede demoler, sellar o dejar de usar, por ejemplo un vano o un fogón. Incluso puede haber un descarte del espacio bidimensional (el nivel de ocupación), cuando luego se reocupa el espacio. Al igual que la remodelación, el descarte podrá tener que ver con cambios materiales como una inutilización física de la construcción, o con cambios sociopolíticos como la inadecuación funcional o simbólica de la misma a los requerimientos del momento o el abandono por sojuzgamiento o traslado.

Fase de almacenaje

Una construcción no pasa por este proceso, o en todo caso lo hace en sí misma (se conserva). Sin embargo pueden existir conductas de almacenaje (resguardo, conservación) de materias primas, de materiales reutilizables, o de materiales en proceso de manufactura (por ejemplo, secado de adobes o madera).

Fase de transporte

Como en el caso anterior, son las partes involucradas en la construcción las que podrán ser movilizadas a, o desde, cortas o largas distancias. Este proceso de transporte

¹ Puede incluir desde ajustes en las medidas y en la forma de piedras y maderas, hasta disgregación y remoldeo de materiales de tierra.

de partes de la construcción puede operar para el momento de su construcción, durante las remodelaciones y reparaciones, o incluso después de la desocupación, mediante conductas de apropiación o preservación.

II METODOLOGÍA PARA EL ANÁLISIS DE UNA ARQUITECTURA EN MOVIMIENTO

Evidencias arqueológicas de los procesos operados en una construcción

Evidencias de la fase de diseño. Los elementos materiales que pueden llegar a evidenciar esta fase son, para contextos prehispánicos, en la mayoría de los casos indirectos. Puede llegar a ser identificada arqueológicamente por la aparición recurrente de estándares de tamaño, forma o instalación. Por ejemplo, la identificación de elecciones pautadas y/o recurrentes en el emplazamiento o la estructura dada a los asentamientos, en la morfología y organización de los espacios domésticos, o en la decisión de tamaños y luces a cubrir en función de las posibilidades tecnológicas y materiales para techarlos, nos muestran que hubo al menos esquemas básicos que se definieron antes de la construcción y en ocasiones se adoptaron y repitieron. Estas elecciones merecen un estudio particular para cada caso, en tanto que suelen responder, no solo, o no siempre, a resolver aspectos ambientales, tecnológicos o funcionales, sino que pueden involucrar, por supuesto, cuestiones culturales o simbólicas que será necesario preguntarse debidamente para poder identificarlas. Las evidencias directas, en cambio, son casi inexistente en nuestro medio. En la zona andina se han registrado casos excepcionales (y discutidos) de potenciales maquetas en cerámica o incluso plasmadas directamente sobre superficies de piedra en el basamento original.

Evidencias de la fase de obtención. La obtención, salvo cuando se da por reutilización en el mismo lugar, es una actividad que por lo general se realiza fuera del espacio de asentamiento de la construcción. Las evidencias de esta fase, y sus características, podrán derivarse del análisis de los materiales utilizados, poniendo en consideración su disponibilidad o no en la zona, así como las elecciones, los potenciales costos operados, y la posibilidad y las evidencias de reutilización de elementos de anteriores construcciones. La identificación de las fuentes de procedencia permitirá, además de plantear potenciales redes de intercambio con áreas lejanas, indagar sobre las variables y causas involucradas en los procesos de selección de materiales, técnicas y formas constructivas. Así, la recurrencia de potenciales diseños de aplicación generalizada, y de elecciones materiales, formales o tecnológicas podrán ser indicativas de normas culturales más o menos establecidas; las variaciones individuales, en cambio, podrán servirnos para indagar quizás sobre procesos más personalizados de selección.

Evidencias de las fases de manufactura/mantenimiento/remodelación. Estas fases mutuamente interconectadas se encontrarán evidenciadas por las características que asume la propia construcción, tales como superposición, remodelación y/o anulación de rasgos arquitectónicos. Sin embargo, como en todo proceso de investigación, habrá que diseñar estrategias metodológicas y analíticas para identificarlas. Considerando lo dicho sobre que las construcciones pueden haber experimentado una serie de cambios materiales desde su primera edificación, resulta interesante poder avanzar en la identificación de la estructura original y los cambios posteriores acaecidos por refacciones y/o remodelaciones dentro de la construcción. La importancia de la identificación y desagregación de las partes que han sufrido intervenciones (sean aditivas o sustractivas) radica no solo en la posibilidad de establecer una secuencia diacrónica de la evolución sufrida por el espacio, sino fundamentalmente en tomar dichos cambios como referentes materiales eficientes para acceder a los cambios funcionales y a la evolución social acaecida en el o los grupos que la habitaron. En tanto que este es el eje y el interés fundamental del artículo, desarrollaremos luego particularmente la metodología y el análisis diseñados para abordar esta problemática específica.

Evidencias de la fase de uso. Al enfrentarnos con la necesidad de indagar sobre los usos dados a una construcción de formas cambiantes, deberemos tener presente que los usos generales y más específicos (por ejemplo, variantes de estructuración de actividades dentro de un mismo uso doméstico) pudieron haberse ido modificando entre cada remodelación, ya que, como vimos, estas implican casi necesariamente refuncionalizaciones por las modificaciones espaciales, morfológicas y de circulación que suponen. Como veremos luego, la metodología que proponemos incursiona en la posibilidad de atribuir significación funcional diferenciada a cada etapa de remodelación y uso derivada de la interpretación de las evidencias arqueológicas.

Evidencias de la fase de descarte/abandono. El abandono de la construcción suele determinarse fundamentalmente a través de la estratigrafía, y de evidencias, por ejemplo, de destrucción de la vivienda, como techos caídos y quemados. Ahora bien, la rapidez o programación del abandono, la distancia de traslado, y la presunción de regreso o no, determinarán en muchos casos diferentes tipos de, y condiciones en, los objetos y construcciones abandonados, en su cantidad, disposición y estado (Linghtfoot, 1993; Schalanger y Wilshusen, 1993; Schiffer, 1987 y Stevenson, 1982, entre otros). El análisis de estas variables nos permitirá avanzar en la exploración de las causas y características del abandono. El tipo de abandono ocurrido dejará diferente cantidad y calidad de evidencias que resultan aprovechables por la arqueología para analizar las circunstancias en que se pudo producir el descarte de la construcción.

Evidencias de la fase de almacenaje. Podrían constituir tales evidencias el hallazgo arqueológico de depósitos o conjuntos de materiales y elementos constructivos fuera del contexto de uso efectivo en la construcción. Según las circunstancias y características podrán evidenciar procesos de manufactura o de depósito de los mismos a corto o largo plazo. Tal sería el caso de materias primas o materiales a medio manufacturar (secado de adobes, desbaste de rocas, etc.), o la acumulación de elementos ya conformados para su utilización en la obra (por ejemplo, mampuestos o maderos).

Evidencias de la fase de transporte. Evidencias de este proceso tienen que ver, como en el proceso de obtención, con la disponibilidad y procedencia de los elementos considerados. También con las conductas de recuperación de materiales de estructuras que se deshabitan o que están ya abandonadas.

Metodología y análisis para la identificación de los procesos de cambio material operados dentro de una construcción y para la asignación de significado conductual

Identificación de estratificación de muros. Una vez excavada la construcción en estudio y realizados los análisis de estratigrafía tradicional para diferenciar pisos y niveles ocupacionales, si los hubiere, el primer paso que se puede intentar para desagregar el proceso constructivo acaecido en una unidad arquitectónica es el análisis de la estratificación de muros. Aunque en particular para la arqueología prehispánica del Noroeste Argentino no ha sido muy utilizado, este método ha tenido un desarrollo y una aplicación considerable en el mundo². Su aplicación permite correlacionar temporalmente entre sí los rasgos arquitectónicos (y en ocasiones evidencias de otro tipo) obteniendo una secuencia u orden de construcción, desmantelado o modificación relativo entre ellos. La posibilidad de introducir en la secuencia todos los rasgos identificados depende, al igual que en la estratigrafía tradicional, de cómo se hayan conservado las relaciones entre ellos.

Sobre el modo de representar estas relaciones, y las variantes y subtipos de relaciones identificables existe abundante bibliografía, y en muchos casos depende también de la adaptación necesaria al caso de estudio. En un intento de simplificación y adaptación a nuestro medio, los elementos puestos en juego para el análisis de la correlación entre rasgos arquitectónicos podrían sintetizarse en los siguientes:

- a) Tipo de trabas entre muros: dos muros pueden ensamblarse según dos formas básicas de conexión, que implican un orden relativo de construcción: trabar entre sí, que supone una construcción conjunta de ambos, o descansar lateralmente uno en otro, lo que supone la posterioridad del primero respecto del segundo.
- b) Superposición horizontal de rasgos: que asume similares implicancias cronológicas que la estratificación de depósitos culturales.
- c) Indicadores de remodelaciones: pueden ser sustracciones o adiciones, como, por ejemplo, cierre de vanos o inclusión de rasgos arquitectónicos dentro de otros rasgos, etc.
- d) Necesidades estructurales: la necesidad estructural implica una presencia, o por el contrario la constatación de una ausencia implica cambios en la estructura, por ejemplo, del techado.

² Últimamente, el método fue muy desarrollado en Italia, entre otros por Parenti (1988a, 1988b, 1996) y Brogiolo (1988), y deriva en parte del análisis estratigráfico sistematizado por Harris (1991) para el registro arqueológico. Sin embargo, el análisis de las relaciones estratigráficas entre muros para reconstruir secuencias constructivas y episodios de remodelación empezó a usarse mucho antes, por ejemplo, en la arqueología del sudoeste norteamericano (entre otros, Roys, 1936; Wilcox, 1975).

- e) Niveles relativos de asiento de los muros, entre sí, y en relación a otras evidencias arqueológicas.

Un análisis detallado de estos elementos debería permitirnos, en primer lugar, identificar diferentes acciones constructivas (que podrían ser aditivas o sustractivas), y en segundo lugar, ordenarlas y correlacionarlas entre sí en una secuencia cronológica relativa. Sin embargo, la identificación y desagregación o vinculación de estas acciones constructivas no siempre resulta una tarea sencilla, generándose en ocasiones dudas sobre si constituyen acciones independientes o temporalmente discretas de otras, y en ese caso, sobre la forma de desagregarlas y de establecer la línea de corte. De hecho, el proceso constructivo conlleva acciones continuas y discontinuas en el tiempo, por cuanto una construcción involucra varias acciones consecutivas y puede luego de un tiempo ser remodelada, necesitar ser reparada, etc., según vimos anteriormente.

Desagregación de eventos constructivos

Con el objetivo, entonces, de obtener una mayor claridad descriptiva, pero fundamentalmente con el fin de arribar a una metodología que permita una posterior interpretación con relevancia conductual (y no simplemente un listado ordenado de una secuencia constructiva) planteamos entonces la diferenciación de dos categorías analíticas: *eventos* y *etapas*.

- a) Un *evento* supone una acción (adición y/o sustracción) constructiva materialmente discreta, tecnológica o estructuralmente diferenciable respecto de otra. No implica ni excluye la mediación de un cierto lapso temporal, ni breve ni prolongado, entre dos de ellos. Se lo aísla metodológicamente como entidad discreta, aunque pudiera no serlo, para obtener mayor claridad descriptiva. Así, un evento puede ser la construcción de un muro, y otro evento la de otro muro o de un techo, aunque entre ambos pueda no haber una interrupción en la continuidad de la obra.
- b) Por el contrario, una *etapa* constructiva supone una conjunción interpretativa de uno o más eventos como correspondientes a una misma intervención o remodelación arquitectónica, discreta temporal y funcionalmente respecto de otra. Esta interpretación descansa sobre la consideración de factores de coherencia funcional y estructural de la evolución sufrida por el espacio y la construcción en estudio. La integración con el análisis de otras evidencias nos permitirá plantearlas también como diferentes etapas en el uso y organización dado al espacio durante la evolución acaecida. De hecho, el agrupamiento de estas intervenciones arquitectónicas en etapas de remodelación y refuncionalización, suponen la mediación de un tiempo y un uso hasta la nueva intervención. Esta asignación de usos a cada etapa requiere de un análisis funcional de las evidencias recuperadas, conjuntamente con un análisis de las necesidades y ofertas de habitabilidad y *performances* que la construcción pudo ir obteniendo, o perdiendo, ante las modificaciones introducidas con cada nuevo evento constructivo.

Análisis funcional de las evidencias recuperadas. La identificación de las actividades desarrolladas y los usos dados al espacio puede llegar a ser muy útil para avanzar en la comprensión de la evolución sufrida por la construcción en estudio, ya que no dará mayores elementos para ir asociando los eventos constructivos en etapas constructivas/remodelativas con significación conductual y eficiencia funcional. Para ello será necesario, en primer lugar, asignar hasta donde sea posible, funciones o usos, seguros o potenciales, a las evidencias muebles e inmuebles registradas. Una vez vinculadas a determinadas actividades será de gran valor tratar de identificar qué fase dentro del proceso productivo o historia de vida es la que efectivamente se encuentra representada por el objeto analizado. Así, por ejemplo, podremos llegar a asignar carácter de depósito a aquellos objetos involucrados en tareas productivas localizadas fuera del espacio doméstico y que debieron ingresar a él para su resguardo o reparación, o determinar si un objeto involucrado en tareas de manufactura se encuentra en un contexto de uso, de reparación, de depósito o de descarte.

Identificación de áreas de actividad. Una vez concluidos los estudios funcionales podremos avanzar en la configuración de un plano de distribución ya no de objetos, sino de actividades representadas y potenciales áreas, espacios o recintos vinculados a su desarrollo. Una vez configurado este plano de áreas de actividad deberemos confrontarlo con las evidencias arquitectónicas y los análisis de *performances* ambiental que requieren el desarrollo de cada una de ellas y con aquellas características que podrían llegar a ofrecer según aunemos los diferentes eventos constructivos anteriormente identificados en propuestas coherentes con las evidencias disponibles.

Análisis de habitabilidad y de performances funcional. Como decíamos, para trascender el mero nivel descriptivo resulta indispensable realizar análisis paralelos sobre las características morfológicas, habitacionales y de *performance* funcional que la estructura en cuestión pudo ir adoptando. Esto nos dará una primer idea de en qué momentos la suma de los eventos considerados configuran una construcción habitable y eficiente a los requerimientos sociales y funcionales, y con la suma de qué otros eventos esta configuración obtiene características diferentes para la habitación y el buen funcionamiento configurando una etapa de construcción y uso diferenciable. Resulta útil para avanzar en este aspecto la delimitación previa de un modelo básico de la estructura, las características, la morfología, los tamaños y las necesidades de *performances* para el tipo funcional de construcción, época y región considerada (Taboada, 2003).

Desagregación de evidencias del piso de ocupación y atribución de actividades a diferentes etapas. A simple vista puede parecer que el material que encontramos asociado al piso habitacional debería corresponder a la última morfología que adoptaron el espacio y la arquitectura, y al último momento de uso. Sin embargo, asumiendo que los pisos arqueológicos son depósitos acrecentados con aportes generados por el uso durante varios años de ocupación, y dado que el espacio ha sido continuamente habitado, el material recuperado en el piso debería o podría llegar a ser, en realidad, un palimpsesto de elementos y rasgos remanentes de esa ocupación ininterrumpida en el lugar (Taboada y Angiorama, 2002; Taboada, 2003). Situaciones como esta han llevado a que se discuta si desde la arqueología es posible aislar momentos discretos, o las propias actividades desarrolladas durante los mismos, a partir del análisis de ese palimpsesto de evidencias materiales que

resulta de una ocupación continua de un mismo espacio habitacional durante, por ejemplo, dos o tres generaciones (Gnivecki, 1987), o de cómo referir áreas de actividad identificadas en el registro arqueológico a alguna de las etapas consideradas (Taboada, 2003).

Una posibilidad de arribar a esta asignación estriba en realizar un análisis paralelo de la dinámica arquitectónica. Sin embargo, aún dentro de un análisis de este tipo, solo parece poder ser factible si existen elementos suficientes para correlacionar de forma inequívoca los conjuntos de evidencias vinculadas al desarrollo de una actividad, con algún rasgo arquitectónico claramente ubicado dentro de la secuencia de eventos constructivos. Así, el análisis de potenciales áreas de actividad junto a la consideración de la arquitectura asociada a ellas, sería una forma metodológicamente válida y eficiente para intentar desagregar las diferentes etapas y usos dados a un espacio remodelado arquitectónicamente que no ostenta hiatos deposicionales durante esta ocupación. La forma de intentarlo sería, entonces, mediante la puesta en consideración de aquellos rasgos arquitectónicos que, bien posicionados en la secuencia constructiva, encuentran referentes claros de su uso (por su necesidad funcional, de eficiencia laboral, etc.) en otros elementos arqueológicos.

Integración de evidencias en una propuesta interpretativa sobre las etapas constructivas, de remodelación y de uso. En un proceso conjunto (no lineal sino continuamente retransitado) de análisis de todas las variables mencionadas podremos llegar finalmente a agregar los eventos constructivos en tantas etapas constructivas o de remodelación como las evidencias señaladas nos lo permitan. Como vimos, la posibilidad de atribuir funciones y usos específicos, y de asignar áreas de actividad a cada una de ellas estará limitada por las características particulares de cada situación, y en cambio se verá posibilitada por la aplicación de un análisis dinámico como el propuesto aquí. A fin de ejemplificar y mostrar resultados, presentamos a continuación la aplicación de los pasos y la metodología de análisis propuesta en un caso particular. Dada la cantidad de análisis involucrados³, algunos de ellos, como los funcionales específicos, solo podrán ser presentados aquí como resultados.

III

APLICACIÓN. LA UNIDAD 400 DE LOS AMARILLOS (JUJUY, ARGENTINA)

Descripción del sitio y de la Unidad 400

Para nuestro análisis tomamos como caso de estudio una unidad arquitectónica (denominada Unidad 400) que ha sido descrita y analizada en detalle en diferentes aspectos (funcionales, tecnológicos, constructivos, etc.) en otras oportunidades

³ La metodología propuesta deriva de un investigación para tesis doctoral (Taboada, 2003) donde cada uno de los pasos y análisis señalados (funcionales, de *performance*, tecnológicos, etc.), así como su aplicación concreta, conllevaron capítulos diferenciados imposibles de resumir y presentar en este trabajo de síntesis.



FIGURA 1: UBICACIÓN GEOGRÁFICA DE LA QUEBRADA DE HUMAHUACA Y DEL SITIO LOS AMARILLOS.

(Angiorama y Taboada, 2003; Taboada y Angiorama, 2002, 2003; Taboada, 2003). Esta construcción se encuentra enclavada en una ladera aterrazada artificialmente, formando parte de un sector residencial doméstico dentro del sitio arqueológico Los Amarillos (en la Quebrada de Yakoraite tributaria de la de Humahuaca, Jujuy, Argentina) (fig. 1). El sitio cubre casi diez hectáreas de superficie y constituye uno de los más grandes conglomerados prehispánicos de la región (Nielsen, 1989). Presenta una estructura interna muy compleja, con sectores de edificación bien diferenciados y espacios públicos de diferentes jerarquías (Nielsen y Walker, 1999). Su origen se remonta al menos al siglo X de nuestra era y perdura hasta la época inca, aunque su mayor desarrollo parece haber tenido lugar durante la época inmediatamente anterior a la incorporación a dicho Imperio (fases Sarahuaico y Pukara de las definidas por Nielsen, 1997). A ella se remite la ubicación temporal de la Unidad 400 (Angiorama, 2003). Hasta el momento, no se han hallado en el asentamiento elementos de origen hispánico que permitan extender su ocupación hasta la fase Humahuaca Colonial (Nielsen, 1997).

La Unidad 400 es un conjunto arquitectónico observable en el contexto arqueológico actual como compuesto por tres recintos⁴ contiguos alineados e intercomunicados mediante vanos sucesivos, presentando una serie de rasgos constructivos interiores y tres estructuras funerarias (figs. 2 y 3). Un análisis detallado de la dinámica constructiva y de la estratigrafía de los muros, sumado al de otras evidencias y consideraciones funcionales, tecnológicas y estratigráficas tradicionales, permite sostener que esta configuración

⁴ De los tres recintos se excavaron dos de ellos en su totalidad. El tercero (Recinto 400) no fue excavado pero se incluye en el análisis por configurar parte de la Unidad constructiva y responder a un modelo y análisis de complementación funcional y arquitectónica con los otros dos (Taboada, 2003).

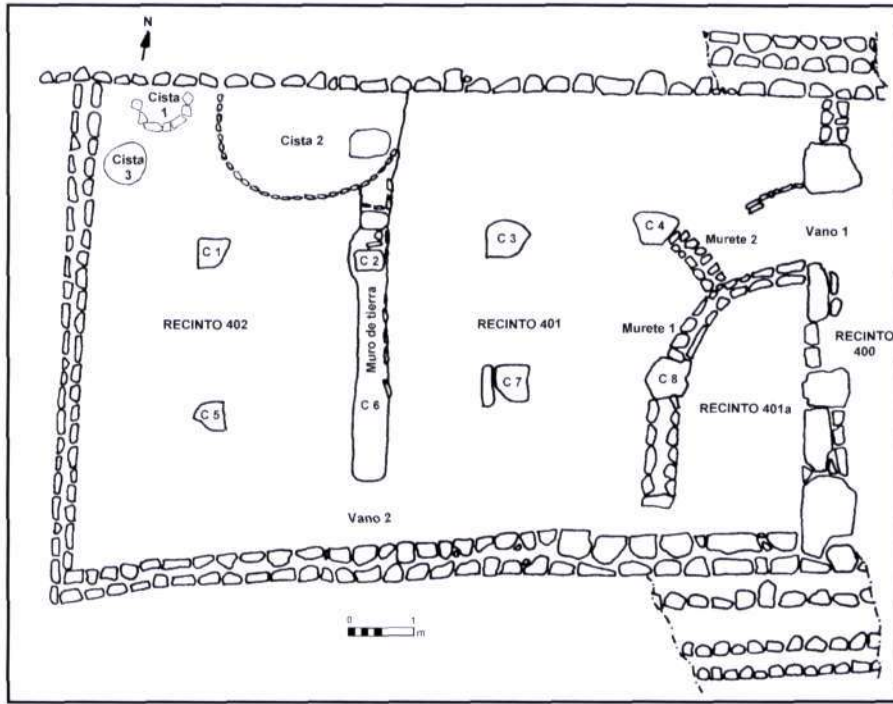


FIGURA 2: PLANO DE LA UNIDAD 400 UNA VEZ EXCAVADA, CON REFERENCIAS DE RASGOS ARQUITECTÓNICOS Y RECINTOS.



FIGURA 3: VISTA GENERAL DE LA UNIDAD 400 UNA VEZ EXCAVADA.

es el resultado de una sumatoria de modificaciones constructivas ocurridas durante su tiempo de vigencia funcional. Como veremos, dicho análisis nos ha permitido diferenciar once eventos constructivos para aunarlos luego en cuatro diferentes etapas de remodelación/construcción y uso. Sin embargo, a excepción de un nivel discontinuo de fogo-

nes bajo el piso de ocupación y correspondiente a momentos anteriores al uso residencial del espacio, solo se identificó un piso habitacional. No existen, como quizás podría esperarse, diferentes pisos o niveles de ocupación que pudieran corresponderse con las diferentes etapas o eventos constructivos aislados en el análisis. Por el contrario, el piso configura un complejo agregado de evidencias potencialmente acumuladas (y conservadas en diferente medida) durante todo el período de ocupación, y cuya desagregación cronológica relativa y parcial solo pudo ser posible mediante la conjunción de análisis de diferente tipo, pero guiados principalmente por una perspectiva que puso en consideración las características dinámicas y de *performance* funcional de la arquitectura.

Secuencia de eventos constructivos acaecidos en la Unidad 400

Como decíamos, la configuración arquitectónica de la Unidad 400 al momento de su incorporación al contexto arqueológico fue el resultado de una sucesión de eventos constructivos. Estos eventos pueden ser ordenados cronológica y secuencialmente, en la mayoría de los casos, sobre el análisis de la relación entre los rasgos arquitectónicos. Sin embargo, ciertos eventos puntuales no pudieron ser fehacientemente correlacionados entre sí mediante este método, apareciendo como eventos flotantes dentro de la secuencia constructiva planteada. Para estos casos, se discutirán luego alternativas viables de ubicación sobre la base de la interpretación en conjunto con las otras evidencias disponibles. Exponemos a continuación, entonces, la secuencia operada en la construcción, dejando la interpretación final de la evolución y los usos y la propuesta de etapas de obra, al realizar la integración con las otras evidencias registradas durante los trabajos de campo y su análisis funcional.

Así, las primeras evidencias de intervención sobre el espacio en estudio son las que sirvieron para acondicionar y horizontalizar el terreno mediante la construcción de un aterrazado en la mayor parte de la ladera donde se ubica la Unidad 400. De una observación y análisis desde superficie se desprende la hipótesis de que este acondicionamiento inicial pudo haber sido un proceso programado de construcción en serie de todas, o muchas, de las terrazas de la ladera. Esta rápida expansión parece haber sido posterior, sin embargo, a una primera instalación de crecimiento espontáneo ubicada ladera abajo, evidenciada por una estructura radial a la cual se empalman las terrazas siguiendo una estructura ortogonal (Taboada y Angiorama, 2003). Luego, ya en particular referencia a la Unidad 400, podemos diferenciar:

- 1.^o *Evento constructivo* (involucra adiciones y sustracciones conjuntas). Corresponde a la construcción de los muros que contienen la terraza sobre la que luego se asentará la Unidad 400. Implica acciones de remoción de tierras para nivelar la superficie. En este caso, el desnivel entre terrazas ha requerido más de un muro de contención para salvar el desnivel resultante (fig. 4).
- 2.^o *Evento constructivo* (involucra adiciones). Corresponde a la construcción del muro que, asentando sobre la superficie de la terraza contenida y nivelada anteriormente, contiene a su vez a la terraza superior (fig. 5). En este caso, la diferencia de altura se ha salvado mediante la construcción de un único muro de

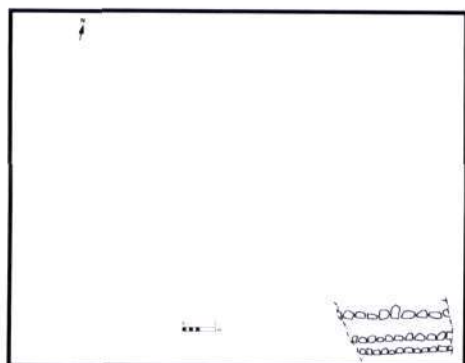


FIGURA 4. EVENTO 1 (ADITIVO/SUBTRACTIVO): CONSTRUCCIÓN DE LOS MUROS DE CONTENCIÓN DE LA TERRAZA DONDE POSTERIORMENTE ASENTARÁ LA UNIDAD 400 Y NIVELACION DEL TERRENO. VISTA DE LOS MUROS DE CONTENCIÓN DE LA TERRAZA.

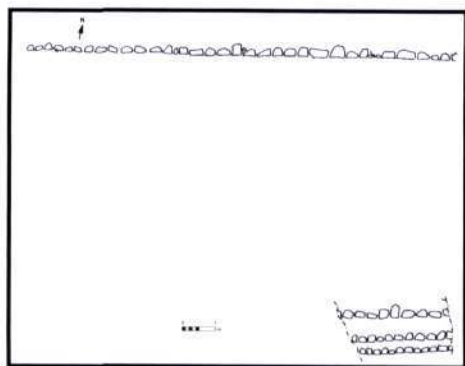


FIGURA 5. EVENTO 2 (ADITIVO): CONSTRUCCIÓN DEL MURO NORTE. VISTA DEL MURO NORTE CONTINUANDO POR DETRAS DEL MURO ESTE QUE SE AGREGARÁ EN EL EVENTO 3.

contención. Este muro es el que luego actúa como «Muro Norte de la Unidad 400». Por su misma finalidad de contención, se extiende hacia el Este y el Oeste más allá de los límites de la Unidad 400 construida posteriormente.

– *Muro Norte*: es el más antiguo de los cuatro que posteriormente definen el Recinto 401-402. Este muro descansa al nivel de asiento de dicho recinto. Es un muro visible en una sola cara, ya que del otro lado contiene el relleno de la terraza superior.

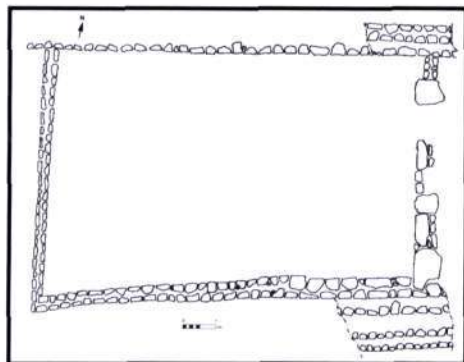
3.^o *Evento constructivo* (involucra adiciones). Corresponde a la construcción y ensamble de los muros perimetrales que parcelan la terraza definiendo el Recinto 401-402 en estudio, y posiblemente la Unidad 400 en conjunto (fig. 6)⁵. En detalle ellos son:

– *Muro Sur*: es el muro que define al recinto por el Sur⁶. Se localiza por sobre los tres muros sucesivos que contienen la terraza en estudio, aunque lige-

⁵ La exposición de la arquitectura de los Recintos 401 y 402 mediante las excavaciones realizadas nos permitió visualizar y analizar las trabas entre los muros y los niveles de asiento de los mismos. Se comprobó así la anterioridad de la confección del aterrazado respecto de la construcción de dichos muros.

⁶ El hecho de que los muros que contienen a las terrazas inmediatas superiores sirven como muros N de los recintos que se encuentran ladera abajo, mientras que los muros S han sido construidos especialmente para definir los recintos, parece ser la norma en el sector en estudio, según se aprecia también en recintos de otras terrazas colindantes.

FIGURA 6: EVENTO 3 (ADITIVO):
CONSTRUCCIÓN DE LOS MUROS
SUR, ESTE Y OESTE Y VANO 1.
(HIPOTÉTICAMENTE,
CONSTRUCCIÓN TAMBIÉN DE LOS
MUROS QUE DEFINEN EL
RECINTO 400). MURO SUR
TRABANDO CON EL MURO OESTE.



ramente desplazado hacia el interior y asentando sobre el terreno rellenado. Fue construido en un mismo evento junto con los muros E y O, trabando la mampostería de piedra en las esquinas, con la función específica de cerrar perimetralmente un recinto.

- Muros Este y Oeste: ambos muros traban con el muro S, conformando un evento constructivo único y una estructura articulada e interdependiente. En cambio, en los dos casos, simplemente descansan contra el muro N, construido con anterioridad. Por el tipo de jambas que lo limitan, de gran tamaño para ser incorporadas después, y por su necesidad funcional a falta de otro, el vano 1 sobre el muro E debe corresponder al evento de construcción de dicho muro.
- Muros (excepto el Norte) del recinto contiguo al Este (Recinto 400): este recinto no fue excavado y los muros presentaban un deficiente estado de conservación. Esto nos impide poder afirmar con certeza la secuencia constructiva operada en el mismo. Aún así podemos señalar que el muro N, como prolongación del muro de la terraza superior, corresponde al momento del aterrazado. Como vimos, el muro O de este recinto descrito anteriormente como muro E del Recinto 401-402, fue construido articuladamente en un mismo evento con el muro S de aquel recinto. Dicho muro S, luego de trasponer hacia el E el muro colindante entre ambos recintos, aparece ligeramente desplazado hacia el S respecto del Recinto 401-402, lo que podría indicar una prolongación posterior, y no un único evento constructivo. Sin embargo, también puede deberse a un desplazamiento por gravedad debido a la pendiente y al alto grado de derrumbe del mismo. En este sentido, algunas piedras de la esquina parecen trabar con el muro colindante y, sobre todo, con la continuación del muro S hacia el otro recinto. Esto apoyaría, en cambio, una construcción conjunta del Recinto 400 con el Recinto 401-402. De ser así, quedaría conformada en este momento una unidad compuesta por dos recintos (un Recinto 401-402 que luego se dividirá en dos, y el Recinto 400), vinculados mediante el Vano 1. Cabe señalar, por último, que el muro E del Recinto 400 se halla-

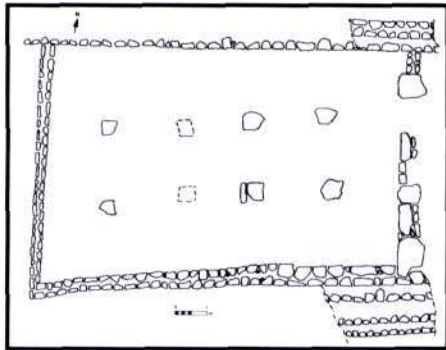


FIGURA 7: EVENTO 4 (ADITIVO): CONSTRUCCIÓN DE COLUMNAS EN EL INTERIOR DE LA UNIDAD. VISTA DE LA UNIDAD 400 DONDE SE APRECIAN LAS BASES REMANENTES DE COLUMNAS Y OTROS RASGOS ARQUITECTÓNICOS INCORPORADOS CON POSTERIORIDAD.

ba muy derruido, resultando imposible la identificación de las trabas entre muros.

- 4.º *Evento constructivo* (involucra adiciones). Una vez definido el Recinto 401-402, de gran tamaño, se procedió a modularlo virtualmente en sectores cuadrangulares de aproximadamente 2,20 m de lado, modulaje evidenciado por la presencia de seis (y potencialmente ocho) rasgos constructivos cuadrangulares. Estos se disponen en toda la superficie del recinto conformando una estructura en grilla muy regular (fig. 7) y fueron interpretados en base a una propuesta de Nielsen *et alii* (1997) como remanentes de columnas. Dichas columnas, dispuestas según el grillado mencionado, habrían permitido el techado completo del entonces Recinto 401-402 (Taboada, 2003).
- 5.º *Evento constructivo* (involucra adiciones y sustracciones conjuntas). Con posterioridad al modularlo, se construyó un muro de tierra moldeada que coincide perfectamente con una de las líneas del grillado, y que dividió en dos al recinto (en adelante Recinto 401 el E y Recinto 402 el O) (fig. 8). Implica la incorporación estructural de las potenciales columnas 2 y 6 al muro de tierra, o su desmantelación y reemplazo estructural por dicho muro⁷.
- 6.º *Evento constructivo* (involucra sustracciones). Corresponde a la eliminación de al menos una (la 8), si no varias o todas las columnas del Recinto 401, y consecuentemente de parte o todo el techo que sostenían (fig. 9)⁸. La superposición de parte del murete 1 por sobre la base remanente de la columna 8 indica que al momento de construirse, o antes, al menos esta columna y el techo sobre la esquina SE ya no existían.
- 7.º *Evento constructivo* (involucra adiciones). Corresponde a la construcción del murete 1 que, partiendo del muro E a la altura del vano 1 de acceso a la

⁷ Situaciones como estas han motivado que algunos autores (por ejemplo, Doglioni, 1988) plantearan que para realizar un análisis estratigráfico completo se necesitaría desmontar la construcción (del mismo modo que se realiza una excavación), como única forma de conocer todas las relaciones que se establecen. En nuestro caso se priorizó la preservación por sobre la información potencial que pudiera adquirirse de aplicar este método.

⁸ Cuáles columnas pudieron removerse y cuáles quedarían se presenta luego como resultado de la interpretación conjunta de varias evidencias.

FIGURA 8: EVENTO 5
(ADITIVO/SUSTRATIVO):
REEMPLAZO ESTRUCTURAL
CONSTRUCCIÓN DEL MURO DE
TIERRA GENERANDO LOS
RECINTOS 401 Y 402 Y
ELIMINACIÓN CONJUNTA (O
INCORPORACIÓN AL MURO) DE
LAS COLUMNAS 2 Y 6. DETALLE
DEL MURO DE TIERRA CON
DETALLE DE RECUBRIMIENTO DE
LAJAS.

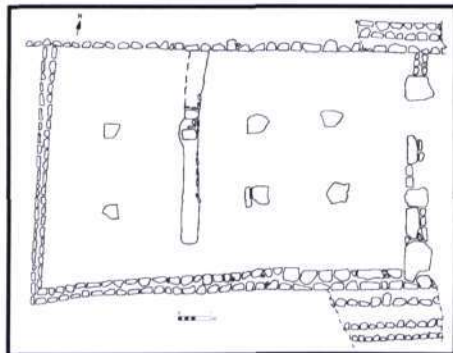
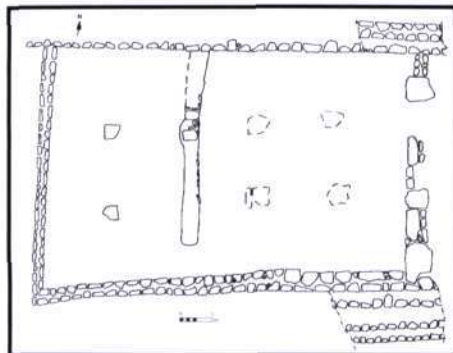


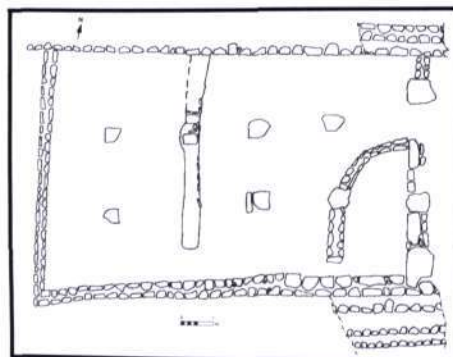
FIGURA 9: EVENTO 6
(SUSTRATIVO): ELIMINACIÓN DE
LA COLUMNA 8 Y MUY
POSIBLEMENTE TAMBIÉN DE LAS
COLUMNAS 3, 4 Y 7.



Unidad, se cierra hacia el S hasta chocar y superponerse en parte a una de las bases remanentes de columnas (la 8), evidenciando así la posterioridad no sólo a su construcción sino también a la demolición de la columna allí ubicada. Luego el tabique continúa hacia el muro S, finalizando 45 cm antes de alcanzarlo. Queda conformado así el Recinto 401a (fig. 10).

8.º *Evento constructivo* (involucra adiciones). Comprende la construcción del murete 2 como evento diferenciado de la construcción del murete 1, aun cuando pudiera haber sido elevado inmediatamente después. El murete 2

FIGURA 10: EVENTO 7 (ADITIVO):
CONSTRUCCIÓN DEL MURETE 1
CONFIGURANDO EL RECINTO
401A. DETALLE DEL MURETE 1
ASENTADO SOBRE LA BASE
REMANENTE DE LA COLUMNA 8.



parte del murete 1, recostándose parcialmente sobre él (de ahí su posterioridad) hasta alcanzar otra de las bases de columna (la 4) ubicada frente al vano 1 de acceso (fig. 11).

9.^o *Evento constructivo* (involucra sustracciones). Corresponde al dismantelado o derrumbe de parte del muro de tierra y, por consiguiente, de parte o todo el techo que sostenía (fig. 12).

10.^o *Evento constructivo* (involucra adiciones). Corresponde a la construcción de la cista 2 dentro del Recinto 402. Esta se recuesta parcialmente sobre el muro de tierra, y en parte lo reemplaza, de lo que se deduce su posterioridad no solo a la construcción sino también al dismantelado (al menos parcial) tanto del muro de tierra como del techado que habría sostenido sobre el Recinto 402 (fig. 13).

– *Cista 2*. El muro de la cista se introduce y asienta sobre el muro de tierra en su parte superior, y aprovecha la sección inferior incorporándola como parte de la cista. Para lograr esto, el muro de tierra debió de ser, o haber estado, parcialmente demolido en su sección superior, de lo que se deduce que perdió su capacidad estructural para sostener el techo, al menos en aquel sector.

Eventos constructivos flotantes. Dos construcciones más se realizaron dentro del espacio en estudio. Se trata de dos cistas, además de la ya mencionada cista 2. A diferencia de esta, cuya sobreimposición al muro de tierra permite ubicarla después de su

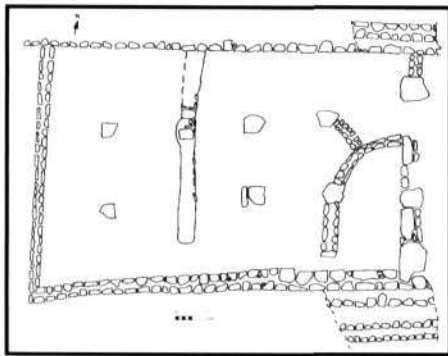


FIGURA 11. EVENTO 8 (ADITIVO): CONSTRUCCIÓN DEL MURETE 2. VISTA DEL MURETE 2 ASENTADO SOBRE EL MURETE 1 QUE CONFORMA EL RECINTO 401A.

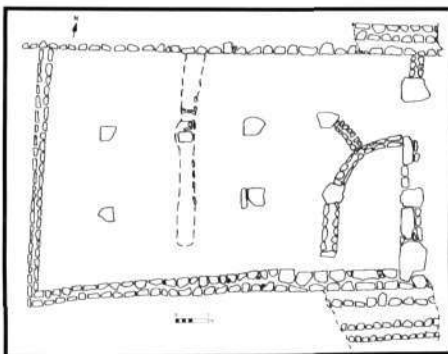
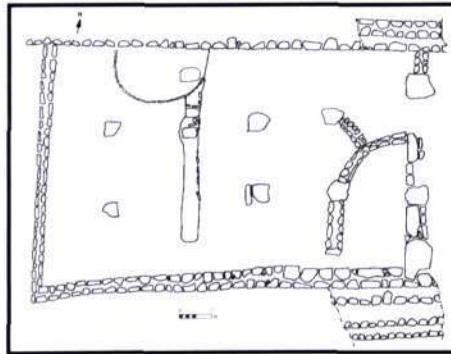


FIGURA 12. EVENTO 9 (SUSTRATIVO): DESMANTELADO O DERRUMBE PARCIAL DEL MURO DE TIERRA.

FIGURA 13: EVENTO 10 (ADITIVO): CONSTRUCCIÓN DE LA CISTA 2. VISTA DEL MURO DE PIEDRA DE LA CISTA 2 PARCIALMENTE SOBREPUESTO AL MURO DE TIERRA.



derrumbe parcial, las cistas 1 y 3 no presentan una estratificación arquitectónica clara y solo podrán ser ubicadas relativamente mediante el análisis de otras evidencias.

Evento flotante A (involucra adiciones). Corresponde a la construcción de la cista 3 (fig. 14).

- Cista 3. No presenta evidencias arquitectónicas que permitan vincularla estratigráficamente a ninguno de los otros entierros, como para plantear la ubicación relativa entre ellos.

Evento flotante B (involucra adiciones). Corresponde a la construcción de la cista 1 (fig. 15).

FIGURA 14: EVENTO FLOTANTE A (ADITIVO): CONSTRUCCIÓN DE LA CISTA 3 DE IZQUIERDA A DERECHA, CISTA 3 BAJO NIVEL, FOGÓN CUBETA N.º 3, CISTA 1 Y CISTA 2.

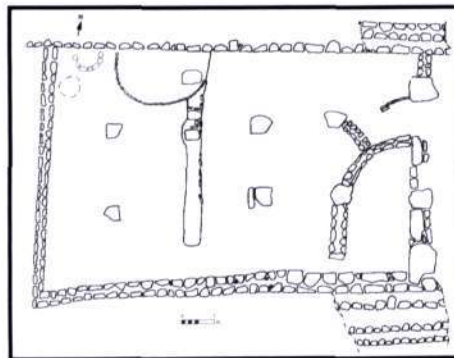
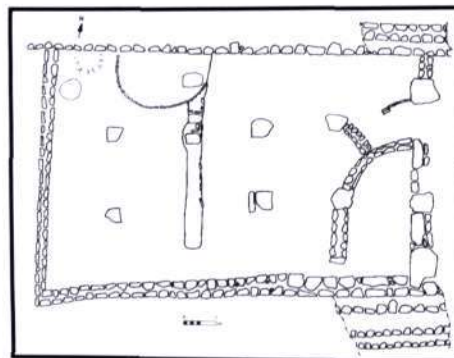


FIGURA 15: EVENTO FLOTANTE B (ADITIVO): CONSTRUCCIÓN DE LA CISTA 1. VISTA SUPERIOR DE LA CISTA 1 CON URNA EN SU INTERIOR Y FOGÓN CUBETA N.º 3 RECOSTADO SOBRE ELLA.



- *Cista 1*. Tampoco presenta evidencias arquitectónicas que permitan vincularla estratigráficamente a ninguna de las otras estructuras funerarias, o a otros elementos arquitectónicos.

Interpretación de la secuencia constructiva y los usos dados al espacio en diferentes etapas

Anteriormente presentamos la secuencia cronológica de determinados eventos constructivos que pudieron identificarse en base a la estratificación de los muros. Para proponer ahora diferentes etapas de construcción o remodelación y consecuentemente de uso entre cada una de ellas, se hace necesario integrar información estratigráfica tradicional y el resultado de análisis funcionales de las evidencias disponibles, y de análisis de *performance* del espacio en estudio que, como dijimos, por razones de espacio no es posible detallar aquí (Angiorama, 2004; Taboada, 2003). A partir de esta integración es posible discutir opciones interpretativas sobre el proceso operado en la construcción de la unidad, los usos a la que habría sido sometida en estas diferentes etapas, y algunas implicancias sociales que se pueden derivar de esta dinámica arquitectónica (Taboada, 2004). En función de lo expuesto, el espacio que analizamos muestra claras evidencias de cuatro etapas principales de remodelación y uso:

1.^a *Etapla constructiva y de uso* (abarca los eventos 1 y 2) (fig. 16). Existe una primera etapa constructiva que corresponde al aterrazamiento general de la ladera mediante la nivelación de la superficie de cada terraza y la construcción de los muros de contención del terreno (entre ellos el llamado muro N, incluido luego como parte de los recintos construidos posteriormente). Asociamos a esta etapa un nivel de fogones registrado bajo el piso habitacional y asentado directamente sobre el relleno o superficie de la terraza. Este nivel fue interpretado como evidencia del primer momento de uso u ocupación efectiva del espacio en estudio, correspondiente al periodo mismo de construcción del aterrazado general de la ladera, o a un momento inmediato posterior a su conclusión, antes del uso habitacional dado a la Unidad 400 que se construyó allí con posterioridad.

Así, una vez construida la terraza que nos ocupa, y realizados los movimientos de tierra y nivelación, se habrían producido en el lugar múltiples combustiones, distribuidas espacialmente dentro de un radio acotado, y en algunos casos parcialmente superpuestas indicando su diacronía relativa. Dichas acciones no permitieron, sin embargo, la conformación de un nivel continuo o piso consolidado de ocupación, ni aportaron casi evidencias artefactuales o residuos ecofactuales (salvo carbón y ceniza). En función de estas limitaciones, no estamos en condiciones de afirmar qué tipo de actividades pudieron ser las que requirieron e hicieron uso de los fogones registrados en este nivel. Sin embargo, parece lógico suponer que los mismos pudieron haberse visto involucrados en algún tipo de tarea que resultara poco apropiada, o poco eficiente, realizarla dentro de los espacios habitacionales ya construidos. El espacio en estudio contaba, en esas circunstancias, con ciertas características que podrían resultar ventajosas para el

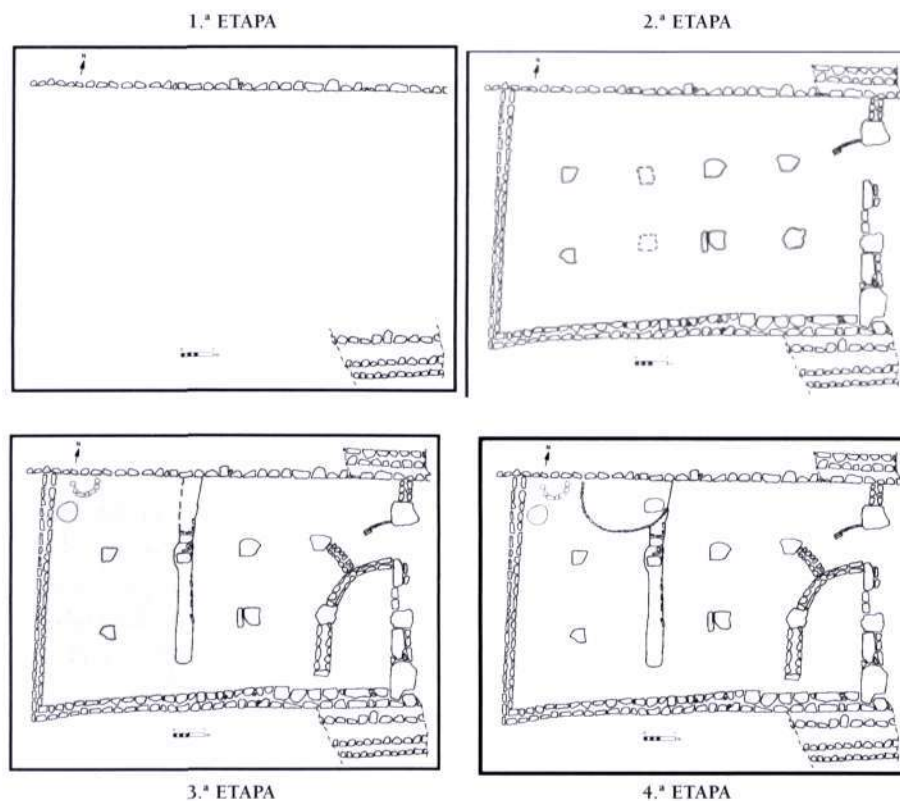


FIGURA 16. REPRESENTACIÓN DE LAS CUATRO ETAPAS CONSTRUCTIVAS/DE REMODELACION Y DE USO. REFERENCIA: EL SOMBRADO INDICA EL SECTOR TECHADO DURANTE DICHA ETAPA.

desarrollo de algún tipo de actividades, como mejor ventilación, mayor asoleamiento, disponibilidad espacial, etc., todo a una distancia relativamente corta de otros espacios que pudieron ya estar en funcionamiento doméstico.

De todas formas, los fechados radiocarbónicos realizados sobre uno de los fogones más antiguos de este nivel, y sobre el fogón n.º 2 asociado al piso habitacional del Recinto 401 arrojaron rangos temporales equivalentes (Angiorama, 2003). Si a ello sumamos la ausencia de un nivel continuo y materialmente consolidado, interpretamos que estos eventos de combustiones múltiples estuvieron acotados a un tiempo relativamente corto, aun cuando no fueran todos estrictamente simultáneos. Esta escasa duración no implicaría, sin embargo, baja intensidad de uso durante dicho tiempo. Por el contrario, el evento parece haber involucrado acciones intensivas, evidenciadas por la alta rubefacción y consolidación de las cubetas, y por la cantidad y superposición de las estructuras de combustión registradas. Dentro de este contexto, la ausencia casi total de evidencias artefactuales y residuos, más que servirnos para descartar la alta intensidad de actividades, fue interpretada como el resultado de tareas que generaron o dejaron escasos residuos.

2.ª Etapa constructiva y de uso (abarca los eventos 3 y 4) (véase fig.16). Una segunda etapa constructiva corresponde a la conformación de un único Recinto 401-402 mediante la construcción articulada de los muros E, S y O que se suman al ya anterior-

mente construido muro N que contiene la terraza inmediata superior. Corresponde a este momento la construcción del vano 1 que permite la comunicación con el Recinto 400 adyacente, cuya edificación incluimos hipotéticamente como una acción constructiva conjunta con la del Recinto 401-402. Inmediatamente después, como parte de un mismo objetivo arquitectónico, habría sobrevenido el techado, muy probablemente completo del Recinto 401-402, sostenido mediante la estructura de columnas portantes antes descrita. De hecho, el piso habitacional no se continúa por debajo de las columnas, lo que hubiera permitido suponer, en cambio, el uso del recinto o del espacio antes de la construcción de las mismas.

Esta etapa tuvo como objetivo, entonces, la construcción de un gran recinto techado, y posiblemente de una unidad arquitectónica compuesta por dos recintos, uno techado y otro no, vinculados mediante un vano. Como se dijo, el Recinto 400 no fue excavado, lo que nos imposibilita realizar afirmaciones certeras sobre su arquitectura y funcionalidad. Sin embargo, a modo de hipótesis, y tomando en consideración los requerimientos de un espacio descubierto para el desarrollo de las actividades domésticas, planteamos la posibilidad de que este espacio se complementara funcionalmente con el Recinto 401-402 que proponemos estuvo techado durante esta etapa. A favor de esta hipótesis existen algunos indicios como son: muros aparentemente más bajos que los del recinto contiguo techado y potencialmente vinculados a un amurallado perimetral bajo; la comunicación con el mismo mediante un vano; una salida directa a una vía de acceso y ninguna otra vinculación a otros recintos; el hecho de presentar escasa sedimentación y aún así no mostrar a la observación superficial evidencias de subdivisiones internas o rasgos tipo columnas, potencialmente necesarias para sostener un techado para tal superficie, etc. Por su parte, el recinto techado definido en esta etapa contaría con las ventajas ambientales (también por cierto con las desventajas como falta de iluminación) que ofrecen los espacios techados sumadas, en este caso, a la disponibilidad de un gran espacio con estas características*. Estas ventajas tienen que ver fundamentalmente con brindar protección y resguardo tanto a personas como a bienes materiales, en este caso de cantidad o volúmenes importantes. A esta necesidad responderían las acciones de dormir, cobijarse, resguardar bienes consumibles y no consumibles, y ocasionalmente otras acciones albergadas allí durante la noche o bajo condiciones climáticas desfavorables.

Ahora bien, al gran Recinto techado 401-402 definido en este momento, se asocia a la conformación del piso habitacional. Piso que, como vimos, se mantendrá en uso durante toda la ocupación, y cuyas evidencias asociadas no pueden ser directa ni totalmente correlacionadas a éste u otros momentos constructivos posteriores sin un análisis detallado al respecto. Un único elemento parece poder servir para asociar un área de actividad a la segunda etapa de uso que analizamos. Nos referimos a un deflector aso-

* Situación aparentemente excepcional según los modelos y cálculos locales más tradicionales, o por el contrario, situación escasamente explorada como posibilidad cierta ante el desarrollo de una solución tecnológica eficiente para ampliar las superficies totales techables reduciendo las luces parciales a cubrir mediante columnas como en el caso analizado (Nielsen *et alii* 1997; Taboada y Angiorama, 2002; Taboada, 2003).

ciado al fogón n.º 2 ubicado en la esquina NE de la construcción. En principio, los deflectores son rasgos arquitectónicos que se vinculan a fogones ubicados en espacios cubiertos, como elementos necesarios y eficientes para organizar el tiraje del humo por alguna abertura superior del techo. De ser cierta esta observación, tanto el deflector como el fogón asociado a él no sólo podrían sino deberían remitir su origen a esta etapa en que el recinto donde se ubican se encontraba techado (ya que, como veremos, este espacio después quedó descubierto). Cabe señalar sin embargo, para ejemplificar también las limitaciones metodológicas, que un elemento podría quizás no ser muy consistente con esta interpretación: la conservación del deflector después de haberse destechado el recinto. Su permanencia bien podría explicarse porque sigue siendo útil, en cuyo caso la asunción de que corresponde necesariamente al momento techado ya no puede sostenerse; o bien porque directamente no ha sido removido a pesar de no requerirse su presencia, situación que si bien no tira abajo su asignación a la etapa techada del recinto, resulta quizás menos probable. Pensar que un muro tan frágil pudo haber sobrevivido y no ser removido cuando se introdujeron tantas remodelaciones arquitectónicas de magnitud, incluso el desmantelado del techo, solo parece comprensible si cumplía algún tipo de función. Y de ser así, volvemos al punto de partida, si es útil en momentos destechados entonces su construcción bien puede responder a esta etapa.

Ahora bien, si el fogón n.º 2 se retrotrae al momento techado, muy posiblemente, la organización y el uso de la franja Norte interpretada como área especialmente vinculada a la cocción y alimentación (Taboada, 2003) podría haberse generado (o empezado a generar) ya en este momento, y continuar en uso a lo largo de toda la ocupación, aún con las remodelaciones arquitectónicas de por medio. Esta estructuración funcional, además, no se contradeciría con las necesidades teóricas de *performance* de la vivienda prehispánica local (Taboada, 2003), ya que moler, comer, cocinar, o almacenar alimentos no requieren mayor aporte de luz para su desarrollo, más aún si hay un fogón como fuente lumínica potencial y un vano cercano. Por cierto, hemos señalado también en dicho modelo la potencial necesidad de, al menos, un fogón en el interior del espacio cubierto como fuente de luz y calor y como lugar resguardado de la lluvia. Cabe señalar que, de todos modos, la tan estructurada y complementada organización funcional registrada para la franja Norte como área de actividad alimenticia pudo quizás ser el fruto de un proceso de perfeccionamiento dado con el tiempo o por la mayor recurrencia e intensidad de uso al quedar el espacio al descubierto.

De las demás evidencias sobre usos y áreas de actividad registradas sobre el piso ninguna otra puede vincularse, ni siquiera hipotéticamente, a esta etapa, lo que no implica, por supuesto, que algunas no pudieran corresponder a él. Lo que sí puede afirmarse, en cambio, es que algunas de las asociaciones espaciales de artefactos identificadas, y las áreas de actividad a las que remiten, no pueden referirse a esta etapa. Tal es el caso, por ejemplo, de un contexto de talla lítica asociado al Recinto interior 401a, que en este momento aún no había sido construido. Como vemos, tal observación fue factible poniendo en consideración la dinámica arquitectónica.

3.^a *Etapa constructiva y de uso* (comprende los eventos 5, 6, 7, 8, A y B) (véase fig. 16). En esta tercera etapa se introduce una remodelación funcionalmente importante

al gran recinto techado definido anteriormente. Con posterioridad a un primer uso del Recinto 401-402 durante la llamada segunda etapa, se procedió a levantar un muro de tierra que lo dividió en dos: el Recinto 401 y el Recinto 402. Esto se encuentra evidenciado por la continuidad del piso bajo el muro de tierra que se construye en este momento, y por la inclusión de material cultural entre el piso y el muro mencionado. Como expondremos más adelante, luego de construido el muro de tierra sobrevivieron la construcción del murete 1 que configura el Recinto interior 401a, y después la del murete 2. También planteamos que la construcción de las cistas 1 y 3 pudo realizarse al comienzo o durante esta etapa.

La hipótesis de que en un momento determinado, a partir de la inclusión del muro de tierra, uno de los recintos pudo haber comenzado a funcionar descubierto, parte del análisis de la configuración arquitectónica y de la distribución artefactual asociada a ella. Como veremos, estos elementos resultan suficientes para sostenerla. En el Recinto 401 se recuperaron gran cantidad de evidencias que remiten al desarrollo de una multiplicidad de tareas en el mismo, y a una organización espacial clara en áreas de actividad. En el Recinto 402, en cambio, el material recuperado y la distribución que asume el mismo no permitieron la identificación de patrones espaciales o asociaciones artefactuales como para plantear que ciertos sectores pudieron haber constituido áreas de trabajo recurrente. Por el contrario, las características que asume el material (variedad de implementos, vida útil remanente, distribución aleatoria, ausencia de evidencias de procesos de manufactura, etc.) parecen, en general, más acordes a un contexto de depósito de bienes personales y artefactos de uso doméstico (otros parecen tener que ver con prácticas asociadas a los eventos de inhumación allí realizados) (Taboada, 2003). La estructura funcional evidenciada por los restos materiales muebles estaría respondiendo claramente al modelo teórico planteado originalmente, donde un espacio techado (el Recinto 402) serviría para descanso¹⁰ y para resguardo de bienes materiales y alimentos; y otro destechado (el Recinto 401), posibilitaría la concreción de varias actividades, fundamentalmente las de manufactura por sus requerimientos de iluminación.

Si bien no contamos con evidencias estratigráficas para relacionar cronológicamente entre sí los eventos de construcción de los dos muretes bajos y del muro de tierra, otros elementos permiten plantear razonablemente que la construcción de estos fue posterior a la del muro de tierra. Dado que el murete 1 que conforma el Recinto interior 401a se asienta sobre una de las bases de columna (la 8), debe de ser posterior tanto a su desmantelado como al del techo que sostenía. Este retiro voluntario, o necesario, del techo no parece cobrar sentido funcional si no se ha realizado antes el muro de tierra que cierre el espacio que quedaría techado (Recinto 402), separándolo del descubierto (Recinto 401), a la vez que suplanta las columnas como elementos portantes del techo.

Según lo planteado sobre que el piso constituye en realidad un agregado de evidencias acumulado durante toda la ocupación, podría plantearse que la propuesta de

¹⁰ En este recinto se registró un sector muy limpio, libre de todo resto, y con una excepcional concentración de calcio en relación al resto del recinto y atribuible a una preparación especial del piso o a un recubrimiento del mismo con material orgánico (Barba et alii, 1991).

organización espacio funcional que expusimos recién puede estar aunando en la interpretación evidencias correspondientes a varias etapas constructivas y no ser válida para sostener el modelo propuesto para esta tercera etapa de ocupación. Sin embargo, no resultaría lógico pensar que áreas de actividad como las identificadas pudieran haberse mantenido a lo largo del uso de la estructura si no se las mantuvo activas, o si no corresponden a estos últimos momentos de ocupación. En cambio, gran parte de las otras evidencias analizadas que no muestran referentes y asociaciones espaciales claros, así como evidencias aisladas de actividades, desechos eco y artefactuales, artefactos reutilizados o reciclados, etc., bien pueden constituir remanentes de la organización y los usos de etapas anteriores.

A partir de estas consideraciones, las áreas de actividad identificadas más claramente como son las de manufactura metalúrgica (Angiorama, 2003) y talla lítica, las vinculadas a la alimentación en las diferentes etapas del proceso, un área multifuncional asociada al fogón n.º 2 del Recinto 401, y quizás un área libre de evidencias del Recinto 402 vinculable a descanso, muy posiblemente deben de haber estado en uso hacia el final de la ocupación residencial del espacio analizado. De estas, las que requieren buena iluminación para su desarrollo deben, además, restringirse a esta etapa, no pudiendo haberse originado durante la época en que el recinto estaba cubierto. Estas son las áreas de manufactura metalúrgica, y la de talla lítica (que además sabemos es posterior a la construcción del Recinto interior 401a pues este la contiene y organiza). Aquellas otras actividades que no se hallan tan estrechamente ligadas a factores lumínicos, tales como las vinculadas a alimentación, podrían llegar a retrotraerse en su conformación como espacios de trabajo a una etapa anterior, como analizamos en relación al fogón y su deflector.

Las actividades registradas en el Recinto 402 resultan más complejas de ubicar en relación a una etapa específica, en tanto si bien en un momento dado se restringió el espacio del recinto al subdividir y destechar el Recinto 401, aquél no habría cambiado sus características ambientales, ofreciendo iguales posibilidades, por ejemplo, para descansar y para resguardar bienes, en cualquiera de las dos etapas, e iguales limitaciones lumínicas para el desarrollo de manufacturas. Las únicas características que cambian de este recinto son la disponibilidad espacial, que se restringe, y el grado de privacidad, que aumenta. De hecho, la inclusión de rasgos de inhumación en el lugar bien pudo ser un factor importante de reorganización funcional y arquitectónica que llegara a determinar la construcción del muro de tierra como elemento de subdivisión ambiental.

Cabe señalar, por último, que al menos teóricamente una reducción del techado como la que planteamos que ocurrió durante esta etapa podría ser el producto de una elección voluntaria (para dar respuesta, por ejemplo, a alguna necesidad funcional) o ser una remodelación obligada por alguna circunstancia (como por ejemplo, el derrumbe o las malas condiciones del techo). La no reconstrucción del techado y la aparente configuración de nuevas áreas de trabajo durante esta etapa podrían servir para inclinar la balanza a favor de la necesidad de una refuncionalización del espacio. Esta podría, incluso, llegar a tener que ver con algún proceso de deterioro operado en el Recinto 400 no excavado (tal como su abandono y traslado de actividades al Recinto 401). De todas for-

mas, esta reducción espacial (voluntaria o involuntaria) necesariamente debió de poder dar respuesta a los requerimientos dimensionales mínimos para contener al grupo coresidente, a los implementos involucrados en las actividades domésticas, y a los usos operados. Como veremos luego, esto implica muy posiblemente que pudo haber una reducción numérica del grupo coresidente que lo permitió.

Pasando ahora al análisis de las cistas 1 y 3, habíamos incluido su construcción como eventos flotantes dentro de la secuencia arquitectónica. Sin embargo, el análisis de la estratificación de depósitos y otras evidencias permiten ubicarlas en algún momento del uso habitacional del espacio. Incluso la utilización y limpieza repetida de un fogón (n.º 3) construido sobre ellas y asentado sobre el piso permite suponer que luego de la construcción de las cistas 1 y 3 medió un cierto tiempo de uso del espacio antes de su abandono. Ahora bien, el hecho de que estos entierros, y aquellos otros incorporados posteriormente al abandono residencial con la cista 2, se ubiquen exclusivamente en el Recinto 402, y dentro de él ocupando solo el sector Norte, parece evidenciar una lógica espacial en su distribución y una selección consciente del espacio destinado a los mismos. En función de esto resulta sugestivo que es en realidad la construcción del muro de tierra (levantado durante la etapa que nos ocupa) la que configura esta situación. Su construcción no solo define el recinto en el que se ubican las tumbas, sino que además determina que el área de entierros sea la de acceso más restringido y complejo. Estas observaciones parecerían indicar cierta vinculación entre la construcción de dicho muro y la separación del área de inhumación. De hecho, Nielsen ha señalado que las construcciones en tierra en el sitio Los Amarillos suelen asociarse a aspectos simbólicos y rituales (Nielsen, comunicación personal). Esta última observación se sumaría a las anteriores para plantear la construcción de las cistas 1 y 3 al comienzo o durante esta etapa.

4.ª *Etapa constructiva y de uso* (comprende los eventos 9 y 10) (véase fig. 16). En esta etapa se construye la cista 2 dentro del Recinto 402 ya desocupado como lugar de habitación. Para su construcción fue necesario introducir, o aprovechar, modificaciones en la anterior estructura, fundamentalmente el desmantelado parcial del Muro de tierra para insertar en él el muro de la cista 2 (véase fig. 13). A pesar de ello, la cista 2 asienta directamente sobre el piso, sin depósitos intermedios que pudieran corresponder a techo y/o derrumbe de los muros. Esta ausencia de restos de techo se extiende por todo el recinto, aún cuando artefactos frágiles de madera se conservaron en buenas condiciones. Esto nos llevó a plantear que el techo más que desintegrarse, pudo haber sido desmantelado para reutilizar los materiales (práctica registrada en la región por los cronistas (Sánchez y Sica, 1994)), y por ello la ausencia total de restos materiales que lo atestigüen.

Las características de esta tumba, de grandes dimensiones y reaperturas múltiples, que albergó por lo menos a dieciséis individuos con ajuar, sumadas a ciertas evidencias estratigráficas, nos indica que el espacio continuó siendo usado y visitado en varias incursiones para realizar las prácticas de inhumación y los rituales asociadas después de su abandono como espacio residencial. Aun así se mantuvieron ciertas características de la organización espacial como las señaladas en relación a la ubicación de las tumbas dentro del mismo sector que las tumbas asociadas al período habitacional.

IV SÍNTESIS Y CONCLUSIONES

Ahora bien, una perspectiva que hizo hincapié en concebir a la arquitectura como dinámica nos permitió visualizar una constante evolución en la conformación de la construcción en estudio hasta adoptar la estructura final registrada por la arqueología. Este no fue un proceso lineal desde el diseño hasta su abandono, sino que fue continuamente retransitado por remodelaciones y por la consecuente reiteración de fases de diseño, obtención, manufactura, y descarte parcial que ello implicó. Dejamos planteado así que el espacio estudiado pasó consecutivamente por cuatro etapas principales de construcción o remodelación, y a las que debieron asociarse usos definidos, aunque no siempre reconocibles o asignables a una etapa en particular dada la ausencia de depósitos estratigráficos que las separaran. Ante situaciones como estas, donde los pisos arqueológicos deben ser entendidos como un agregado de evidencias diacrónicas acumuladas en diferente calidad y cantidad durante la ocupación, el potencial de la arquitectura para generar y discriminar información diacrónica resulta ciertamente muy eficaz.

De hecho, en nuestro caso, el reconocimiento de períodos de ocupación discretos o diferenciados entre sí solo pudo lograrse mediante la aplicación de análisis de estratigrafía de muros complementados por el análisis del resto de las evidencias dentro de esta misma perspectiva diacrónica. Estos análisis comprendieron, entre otros, estudios funcionales de artefactos y potenciales actividades y fases del proceso productivo representadas por ellos; y un estudio de las características y requerimientos de habitabilidad y de *performances* para el desarrollo de las actividades registradas y supuestas para el grupo corresidente y en cada etapa constructiva.

Sin embargo, más allá de poder determinar (para así tratar de desagregarlas) diferentes etapas de uso (como lo hacemos de rutina entre diferentes niveles estratigráficos) dentro de una ocupación continuada de un espacio residencial, esta perspectiva apunta a acceder a través de la identificación de estos cambios a modificaciones ocurridas dentro del grupo social corresidente, entendiendo que hay una correlación y determinación mutua entre ambos, y que la arquitectura como eje del análisis resulta de gran eficiencia para mostrarlo. La aplicación de una perspectiva de este tipo permite avanzar en la interpretación de procesos ocurridos dentro de los grupos domésticos en lapsos temporales acotados a una, o a unas pocas generaciones. Permite, además, superar la mirada inmóvil y estanca de las plantas de excavación como referentes del momento de abandono.

Así, a falta de depósitos estratigráficos que separen momentos de uso, el análisis de la estratigrafía de muros y la dinámica arquitectónica se muestra no solo prometedora como elemento analítico para identificarlos, sino incluso necesaria para evaluar las características de formación del sitio y la posibilidad de que las construcciones y el material asociado a un piso arqueológico puedan no corresponder a una única organización funcional y arquitectónica dada al espacio sino a un agregado de evidencias acumuladas a lo largo del período de ocupación.

Además de otros factores, el hecho de que las modificaciones arquitectónicas respeten cierta estructura general de la construcción nos permite plantear que hubo allí una evolución paulatina, que fue adaptando el ambiente a medida que se lo usaba y lo requería la situación. Si bien, en teoría, varias pueden ser las causas que motiven remodelaciones constructivas dentro de los espacios domésticos, modificaciones arquitectónicas y dimensionales de importancia como las detectadas en la Unidad 400 parecen tener que responder a un cambio paralelo del grupo social coresidente. Así, por ejemplo, al contar con las características de forma, tamaño, estructura, etc., en cada etapa, podemos aplicar análisis comparativos de la evolución sufrida por la construcción en pos de analizar la lógica social exhibida por ella durante su tiempo de vigencia funcional (Taboada, 2004). Esta perspectiva entiende que las formas construidas son valiosos referentes materiales de las formas sociales que albergan (Blanton, 1994; Hillier y Hanson, 1984).

Aunque un análisis de este tipo rebasa los límites físicos y objetivos de este artículo (correspondiendo en realidad al proceso interpretativo inmediato posterior a la aplicación de la metodología aquí planteada que apunta a discriminar las etapas para avanzar, entre otros, en este paso explicativo posterior), cabe mencionar que una perspectiva de este tipo nos permitió plantear, a partir de los resultados que señalamos en este trabajo, que la Unidad 400 pudo haber sido habitada al momento de su fundación como nuevo espacio construido, por un grupo doméstico extenso aunque aún socialmente joven. Con el tiempo, este grupo social parece haber desarrollado mayor cantidad y variedad de actividades, generándose una mayor organización funcional y complejidad estructural dentro del espacio habitado. Esto debió de requerir la participación en redes de interacción más amplias que lo posibilitaran. Sin embargo, planteamos también que de forma paralela a esta madurez social del grupo habría ido reduciéndose su tamaño, en función de la disminución del espacio techado y de la incorporación de los primeros entierros justamente durante esta etapa de remodelación. Esta intervención arquitectónica parece llevar asociado al objetivo funcional, uno simbólico, en tanto el espacio se reestructura significativamente separando el espacio de las inhumaciones del de las actividades cotidianas y de acceso más público, recluyendo a los muertos al rincón más apartado de la vida diaria y con menor visibilidad (Taboada, 2003).

Cabe insistir, entonces, en que el estudio de la arquitectura desde una perspectiva, y con una metodología de abordaje, como la delineada anteriormente, puede ofrecer interesantes posibilidades para discriminar momentos dentro de una ocupación continua, por cuanto las intervenciones constructivas suelen dejar huellas claras para realizar un análisis diacrónico. Aunque en principio nos permiten visualizar solo eventos constructivos, los estudios arquitectónicos pueden resultar luego útiles para vincular y analizar diacrónicamente las actividades y los procesos sociales que pudieron estar relacionados con estas transformaciones arquitectónicas y funcionales del espacio habitado. De hecho, en nuestro caso concreto, los únicos elementos que nos permitieron proponer algunas de estas correlaciones fueron justamente las evidencias y los rasgos arquitectónicos, constituyéndose en los elementos más confiables para plantear y sostener la evolución dada en el uso y la organización del espacio estudiado.

Agradecimientos

Quiero reconocer el aporte de ideas y sugerencias de Axel Nielsen y Carlos Angiorama que enriquecieron el contenido de este trabajo. Aun así lo vertido en él es de mi absoluta responsabilidad. También quiero agradecer a todos los que me prestaron inestimable ayuda en los trabajos de campo: Gabriela Aguirre, Josefina Angiorama, Sara López Campeny, M. Lorena Cohen, M. Gloria Colaneri, Mariano Corbalán, Agustina Haedo, Nora Herrera, Álvaro Martel, Leyla Nasul, Rita Peralta, M. Carolina Rivet, Gerardo Sosa, José Tolaba y Silvana Urquiza. Esta investigación fue financiada por becas y subsidios CONICET, CIUNT y Presidencia de la Nación Argentina.

BIBLIOGRAFÍA

- ANGIORAMA, C. (2003): *Producción y circulación de objetos de metal en la Quebrada de Humahuaca en momentos prehispánicos tardíos (900-1535 d.C.)*. Tesis doctoral inédita. Universidad Nacional de Tucumán. San Miguel de Tucumán. Ms.
- ANGIORAMA, C. & C. TABOADA (2003): «Producción metalúrgica en un contexto doméstico de Los Amarillos (Jujuy, Argentina)». En prensa en *Boletín del Museo del Oro*. Banco de la República. Bogotá.
- BARBA, L.; R. RODRIGUEZ & J. CÓRDOVA (1991): *Manual de técnicas microquímicas de campo para la Arqueología*. Universidad Nacional Autónoma de México. México D.F.
- BLANTON, R. (1994): *Houses and households: A comparative study*. Plenum. Nueva York.
- BOURDIEU, P. (1980): «The Kabyle house or the world reversed». En P. Bourdieu: *The logic of practice*, pp. 271-283. Stanford University Press. Stanford.
- BROGIOLO, G. (1988): «Campionatura e obiettivi nell'analisi stratigrafica degli elevati». En R. Francovich y R. Parenti (comps.): *Archeologia e restauro dei monumenti*, pp. 55-74. Florencia.
- DOGLIONI, F. (1988): «La ricerca sulle strutture edilizie tra archeologia stratigrafica e restauro architettonico». En R. Francovich y R. Parenti (comps.): *Archeologia e restauro dei monumenti*, pp. 223-247. Florencia.
- GNIVECKI, P. (1987): «On the quantitative derivation of household spatial organization from archaeological residues in ancient Mesopotamia». En Kent (ed.): *Method and theory for activity area research. An ethnoarchaeological approach*, pp. 176-235. Columbia University Press. Nueva York.
- HARRIS, E. (1991): *Principios de estratigrafía arqueológica*. Crítica. Barcelona.
- HILLIER B. & J. HANSON (1984): *The social logic of space*. Cambridge University Press. Cambridge.
- HODDER, I. (1984): «Burials, houses, woman and men in the European Neolithic». En D. Miller y C. Tilley (eds.): *Ideology, Power and Prehistory*, pp. 51-68. Cambridge University Press. Cambridge.
- LINGHTFOOT, R. (1993): «Abandonment processes in prehistoric pueblos». En C. Cameron y S. Tomka (eds.). *Abandonment of settlements and regions. Ethnoarchaeological and archaeological approaches*, pp. 165-177. New Directions in Archaeology. Cambridge University Press. Cambridge.
- NIELSEN, A. (1989): *La Ocupación Indígena del Territorio Humahuaca Oriental durante los Periodos de Desarrollos Regionales e Inka*. Tesis Doctoral inédita. Universidad Nacional de Córdoba. Córdoba. Ms.
- (1997): *Tiempo y cultura material en la Quebrada de Humahuaca 700 1650 d.C*. Instituto Interdisciplinario Tilcara. Universidad de Buenos Aires. Tilcara.
- NIELSEN, A. & W. WALKER (1999): «Conquista ritual y dominación política en el Tawantinsuyu: el caso de Los Amarillos (Jujuy, Argentina)». En A. Zarankin y F. Acuto (eds.): *Sed Non Satiata*, pp. 153-169. Buenos Aires.
- NIELSEN, A.; M. HERNANDEZ LLOZAS & C. RIVOLTA (1997): *Informe de las Campañas 1994 y 1995 realizadas en Juella*. Seminario de Arqueología de Campo, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Tilcara. Ms.
- PARENTI, G. (1988a): «Le tecniche di documentazione per una lettura stratigrafica dell'elevato». En R. Francovich y R. Parenti (comps.): *Archeologia e restauro dei monumenti*, pp. 249-279. Florencia.
- (1988b): «Sulle possibilità di datazione e di classificazione delle murature». En R. Francovich y R. Parenti (comps.): *Archeologia e restauro dei monumenti*, pp. 280-304. Florencia.

- (1996): «Individualización de las unidades estratigráficas murarias». *Arqueología de la Arquitectura. El método arqueológico aplicado al proceso de estudio y de intervención en edificios históricos*, pp. 75-86. Consejería de Educación y Cultura. Junta de Castilla y León. Burgos.
- RAPOPORT, A. (1990): *The meaning of the built environment. A nonverbal communication approach*. University of Arizona. Tucson.
- ROYS, L. (1936): «Masonry of Lowry Ruin and of the Southwest». En P. Martin (ed): *Lowry Ruin in Southwestern Colorado*. Field Museum of Natural History, Anthropological Series 23.
- SÁNCHEZ, S. & G. SICA (1994): «Entre la Quebrada y los Valles: intercambio y producción. Siglos XVI y XVII». En: M. Albeck (ed.): *De Costa a Selva. Producción e Intercambio entre los Pueblos Agroalfareros de los Andes Centro Sur*, pp. 133-145. Instituto Interdisciplinario Tilcara, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Tilcara.
- SCHLANGER, S & R. WILSHUSEN. (1993): «Local abandonments and regional conditions in the North American Southwest». En C. Cameron y S. Tomka (eds.): *Abandonment of settlements and regions. Ethnoarchaeological and archaeological approaches*, pp. 85-98. New Directions in Archaeology. Cambridge University Press. Cambridge.
- SCHIFFER, M. (1972): «Archaeological Context and Systemic Context». *American Antiquity* 37:156-165.
- (1987): *Formation processes of the archaeological record*. University of New Mexico Press. Albuquerque.
- SMITH, M. (1987): «Household Possessions and Wealth in Agrarian States: Implications for Archaeology». *Journal of Anthropological Archaeology* 6(4):297-335.
- STEVANOVIC, M. (1997): «The Age of Clay: The Social Dynamics of House Destruction». *Journal of Anthropological Archaeology* 16:334-395.
- STEVENSON, M. (1982): «Toward an understanding of site abandonment behavior: Evidences from historic mining camps in the Southwest Yukon». *Journal of Anthropological Archaeology* 2:237-265.
- TABOADA, C. (2003): *Arquitectura y Sociedad en la Quebrada de Humahuaca Prehispánica*. Tesis doctoral inédita. Universidad Nacional de Tucumán. San Miguel de Tucumán. Ms.
- (2004): *Evolución del grupo doméstico y lógica social en la construcción, remodelación y uso de una vivienda prehispánica quebradeña*. Ms.
- TABOADA C. & C. ANGIORAMA. (2003): «Buscando los indicadores arqueológicos de la unidad doméstica». *Cuadernos* 20:393-405. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Jujuy. San Salvador de Jujuy.
- (2002): «Posibilidades de un enfoque dinámico para el estudio de la arquitectura doméstica prehispánica. Un caso de aplicación en Los Amarillos (Jujuy)». En prensa, en: *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XXVII*. Buenos Aires.
- WILCOX, D. (1975): «A strategy for perceiving social groups in Puebloan sites. In Chapters in the prehistory of eastern Arizona, IV». *Fieldiana Anthropology* 65:120-174.